***María*, una novela política**

Erna von der Walde

La crisis consiste precisamente en el hecho de que lo viejo está muriendo y lo nuevo no puede nacer; en este interregno aparece una gran variedad de síntomas morbosos.

Antonio Gramsci, Cuadernos de la cárcel

A pocas semanas de publicada *María* de Jorge Isaacs, apareció una reseña escrita por José María Vergara y Vergara, el mentor literario de Isaacs, miembro fundador de la tertulia de *El Mosaico* y editor de la revista del mismo nombre. Durante más de un siglo, la fortuna crítica de *María* consistió principalmente en una expansión de los elementos que resaltara Vergara y Vergara en su juicio crítico.[[1]](#footnote-1)

En esa breve nota, Vergara y Vergara señalaba la importancia de “tener en cuenta quién es el autor (y por eso lo hemos dicho) para hablar de la obra” y suministraba suficientes detalles sobre la historia familiar de Isaacs y sobre la pérdida de sus posesiones como para que los lectores establecieran sin dificultades los paralelos entre las tribulaciones de la familia que se representa en la novela y las del autor. De esta conjunción de vida y obra devino una tendencia, que se observa hasta el presente, a seleccionar de la vida de Isaacs los episodios que se parecen a lo narrado en la novela e incluso a completar aspectos del relato a partir de datos biográficos. Esto produjo, por su parte, una distorsión de la compleja vida de Isaacs para acomodarla a la novela, forzándola hasta hacer que se pareciera en muchos sentidos al personaje de Efraín. Así, durante casi un siglo, se interpretó *María* a partir de la vida de Isaacs y se escribió la biografía con base en la novela, produciendo una curiosa galería de espejos.

Vergara y Vergara señalaba, además, las relaciones que podían trazarse entre la novela de Isaacs, por un lado, y *Paul et Virginie* de Bernardin de Saint-Pierre y *Atalá* de Chateaubriand, por el otro. Estas observaciones contribuyeron, involuntariamente, a caracterizar a *María* como una novela derivada de modelos europeos. Tuvieron, además, un efecto sobre la jerarquización de los elementos del relato en el sentido de que dirigía la mirada de críticos y lectores mucho más hacia la anécdota central del romance entre María y Efraín, a la vez que opacaba las relaciones con los otros personajes y espacios de la novela.

La descripción del relato como “un idilio, un canto del hogar; una crónica casera, un conjunto de escenas dichosas y tristes” situó a *María* en una dimensión atemporal, como una novela didáctica acerca de las virtudes de la familia católica y como un romance acerca del amor casto de una pareja de adolescentes situada en un entorno idílico. Esta visión contribuyó a ocultar el mundo social del Cauca y la representación específica que brinda la novela de su momento histórico.

Pero quizás el punto más notorio del juicio de Vergara y Vergara es el elogio a Isaacs porque su novela no tiene nada que ver con política. Ciertamente, en *María* no se hace alusión alguna a la situación del país y la crítica literaria de la novela poco se ha preocupado por suplir lo que el texto omite. La importancia del mundo social representado en la novela se suele minimizar, en consonancia con otra de las anotaciones del reseñador, a saber, que salvo la infeliz pareja y los miembros de la familia, todos los personajes con “externos o extraños a la acción”. Aun cuando en la novela hay claras referencias a la esclavitud y el mundo en el que transcurre la historia es el de la hacienda esclavista, a la crítica le preocupó más la influencia de Chateaubriand en el largo pasaje que narra la esclavización de Nay y Sinar en África que las dimensiones históricas de la esclavitud en el Cauca o las consecuencias de la abolición.

Así, durante casi un siglo, se omitió prácticamente toda referencia al Isaacs político, educador y explorador y se fue expandiendo la imagen de Isaacs el autor de *María*, el poeta y el romántico. Valga aclarar, sin embargo, que la separación entre el Isaacs político y el literario no fue producto inmediato de la reseña de Vergara y Vergara, sino de un proceso que alcanzó su punto culminante durante la Regeneración. Cuando sube Rafael Núñez al poder en 1880 gracias a una alianza entre sectores del liberalismo y el conservatismo, Isaacs había caído en desgracia y había sido vetado de ejercer cargos públicos por haber liderado una revolución liberal en Antioquia. Trece años antes, en 1867, había publicado su novela, obtenido su primar cargo público como senador por el estado de Tolima y había hecho su tránsito del partido conservador al liberal. Los conservadores nunca le perdonaron lo que consideraron una traición, especialmente Miguel Antonio Caro. De hecho, en algún momento durante los mandatos de Caro como vicepresidente y presidente del país, se discutió si debería prohibirse *María* por considerarla una novela inapropiada para la lectura en familia. Pero el éxito de la novela a nivel continental era avasallador. Se afianzó, en cambio, la escisión entre Isaacs poeta, a quien siempre se le rindió culto y el Isaacs político, que se borró de los anales públicos. Cuando murió, en 1895, el gobierno de Caro se negó a rendirle honras fúnebres.

Sin duda, *María* incorpora muchos elementos de la juventud y la adolescencia de Isaacs en las haciendas de la familia, y el tono de remembranza nostálgica, que evita al máximo los conflictos y construye un espacio de armonía familiar y social, son factores que han contribuido enormemente a sostener una visión de la novela como la presentación de un idilio en el que la única mácula sería el infeliz romance de Efraín y María.

Con el paso de las décadas, la memoria y el conocimiento de las turbulentas circunstancias tanto personales como sociales y políticas en las que se escribió la obra se fueron desvaneciendo y sin mayores tropiezos pasó a ser vista acríticamente como un retrato de la vida armónica entre amos y esclavos, hacendados y concertados en los años inmediatamente anteriores a la abolición de la esclavitud. Se perpetuó tanto esta visión, que cuando en los años 60 y 70 comenzó a mirarse con otros ojos el orden social jerárquico que se recrea en *María*, la novela pasó a considerarse la expresión de la añoranza de los hacendados esclavistas por el viejo orden, convirtiendo así a Isaacs en un vocero de esa postura.

*María* es, ciertamente, una respuesta a las transformaciones en la sociedad colombiana entre 1851 y 1867 y la perspectiva que se adopta en ella es la de un miembro de la clase hacendad y esclavista en la región del actual Valle del Cauca. Sin embargo, no es necesariamente un reflejo de la respuesta de esa clase social a las reformas de medio siglo ni un reflejo de sus posturas sociales y políticas. Hay que señalar que Isaacs era un miembro bastante atípico de la clase social en la que nació y creció. El origen judío caribeño del padre y el hecho de que la madre, aunque descendiente de español, era primera generación en el país lo diferenciaban notoriamente de las familias criollas prestantes con alcurnias que se remontaban a inmemoriales pasados coloniales y que controlaban, como por derecho propio, los destinos económicos, políticos, militares y religiosos no solo del Cauca, sino en muchos sentido de la nación entera en esas décadas decisivas.

Más aún, *María* fue escrita cuando Isaacs ya no pertenecía planamente a ese sector social. La pérdida de sus posesiones representó no solo la ruina económica, sino también una crisis en cuanto a su posición en la sociedad. Hay que recordar que, ante las penurias económicas, aceptó un cargo de inspector de caminos en la obra de construcción de la carretera de Cali a Buenaventura a los largo del Río Dagua. Allí, enfermo ya da malaria, comenzó a escribir la novela. Si se tienen en cuenta las circunstancias familiares, personales y políticas, se puede entender la escritura de *María* como un proceso de redefinición personal para Isaacs en un momento de profunda y turbulenta redefinición social, económica y política del país. Así, la novela es un vehículo de transformación que lleva a Isaacs de ser el hijo de un hacendado esclavista que se opuso a la abolición a ser un defensor apasionado de los derechos de los negros y los indígenas en el Cauca, de ser católico a masón, de ser conservador a liberal.

Una mayor comprensión del periodo en que se escribió la novela, gracias a que contamos hoy con una excelente y amplia historiografía dedicada al siglo XIX, nos permite entender la novela de Isaacs de manera renovada como un texto que al mismo tiempo alude a su momento histórico y lo elude.

Uno de los mayores problemas que presenta una discusión de los aspectos sociales y políticos de *María* es la forma en que la novela evita en todo momento hacer referencia a la violencia que acompañó los procesos de transformación que se iniciaron con las reformas liberales de medio siglo y presenta más bien una sociabilidad en la que impera una armonía bastante idealizada. Isaacs conjuga en el texto una serie de experiencias heterogéneas, comprimidas en un reducido tiempo novelesco. Así, el tiempo central de la novela es el de la breve estadía de Efraín en la casa de la sierra en espera de su próxima partida para cursar estudios de medicina en Londres. Hay una serie de saltos hacia el pasado, que consisten esencialmente en recuerdos de infancia, reconstrucción de la historia familiar (la llegada del padre al país y su conversión, el fusilamiento del abuelo catalán en Majagual, el pasado familiar de María) y algunos detalles de la vida de Efraín como escolar en Bogotá, además del “episodio africano” que relata la esclavización de Nay y Sinar. En principio, todo transcurre en algún tiempo anterior a la abolición, pero tampoco hay mención de este cambio. La pérdida que se lamenta es la de las propiedades y la de la mujer amada pero se elude toda mención a las circunstancias políticas. Es casi como si la muerte de María hubiera precipitado una desgracia sobre la familia.

Los paseos de Efraín a las familias vecinas, sin embargo, son señal de otra temporalidad. Vemos algunas figuras del pasado anterior a la abolición, como la familia de José, el patriarca antioqueño, que reviste todas las características de una relación de concertaje. Se observan, sin embargo, otras figuras, como Carlos y Emigdio, los compañeros de estudios de Efraín, o el padre de Salomé. Ellos son testimonio de trasformaciones posteriores en la tenencia de la tierra y las relaciones laborales, no porque no existieran antes de la abolición, sino porque es solo después de las reformas que se perfilan más claramente.

Hay que tener presente que *María* se nos presenta como un remembranza que ha dejado Efraín, ya muerto, según lo aclara la dedicatoria de un editor anónimo. Es el recuerdo de un pasado que ya se ha dejado atrás desde un “presente” que se elude, pero que, sin embargo, arroja una sombra sobre el mundo (idealizado) que se reconstruye. El tono melancólico no habría sido posible si Isaacs no hubiera tomado conciencia de que el mundo evocado en su novela había dejado de existir, que la abolición de la esclavitud había transformado el sistema de la hacienda no solo para él a nivel personal, sino para toda la sociedad. Si bien es cierto que su recreación del pasado es una idealización, esto mismo es evidencia de que el mundo evocado pertenece al pasado, ´que no hay constatación fáctica posible de su existencia desde el presente de la narración. Más que ser un reflejo de la visión de mundo de la clase hacendataria, es un texto que elabora la crisis de esa clase, un texto elaborado por un miembro idiosincrático de esta, quien logra transformarse en un hombre nuevo.

1. José María Vergara y Vergara, “Bibliografía”, *La caridad*, 41, 5 julio 1867. Reproducido como “Juicio crítico” en la tercera edición de la novela publicada en 1878 en la imprenta de Medardo Rivas. De ahí en más, se incluyó en muchas ediciones de *María.* [↑](#footnote-ref-1)